

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 405

Barcelona, 13 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

EL "CANARIAS"
y el "Almirante

te Cervera" habían huído, dejando abandonado al "Balears" y sin intentar prestarle socorro.

El combate naval de Cabo de Palos

Sólo los destructores ingleses auxiliaron a los naufragos del «Balears»

En su huida con el «Almirante Cervera», el «Canarias» fué averiado por una bomba de nuestra aviación. Pánico en las dotaciones de los buques rebeldes

El Ministro de Defensa Nacional ha facilitado la siguiente nota:

«Por conducto fidedigno se conocen nuevos detalles del combate naval de Cabo de Palos.

Los destructores ingleses «Boreas» y «Kempenfeld» llegaron a las cuatro de la madrugada al lugar del combate, es decir, dos horas después de haberse librado éste y encontraron al «Balears» envuelto en llamas y hundiéndose lentamente. Ningún buque le prestaba auxilio. El «Canarias» y el «Almirante Cervera» habían huído, dejando abandonado al «Balears» y sin intentar prestarle socorro. Horas después, ya en pleno día, aparecieron en el horizonte los citados cruceros re-

beldes y cuando comprobaron la nacionalidad británica de los dos buques que se hallaban junto al «Balears», se aproximaron, pero sin decidirse a arriar los botes. El salvamento de los tripulantes del «Balears» continuaron haciéndolo exclusivamente los dos destructores ingleses. Al presentarse la aviación leal, el «Canarias» y el «Almirante Cervera» se pusieron de nuevo en fuga. El «Canarias», alcanzado por una de las bombas de nuestros aeroplanos, sufrió averías en la popa, perdiendo una de sus cuatro hélices.

Parece ser que los comandantes del «Canarias» y del «Almirante Cervera» han sido arrestados.

El pánico entre las dotaciones de estos buques fué enorme.»

AVIONES "MARXISTAS"

Por PAUL FAURE

La flota republicana, con la ayuda de la aviación, ha hundi-do en el Mediterráneo un crucero rebelde.

Los periódicos reaccionarios franceses relatan el suceso con un pesar que no ocultan y, para comunicar este sentimiento a sus lectores, califican de «marxistas» a los aviones del Gobierno legítimo de España.

Decididamente todo lo que no agrada a nuestros derechistas ha de llevar forzosamente el sello del marxismo.

Extraña manera de escribir la historia.

Terminarán por hacer simpático al marxismo en los medios hasta ahora cerrados o indiferentes a su propaganda.

Ocurre a veces que algunas acusaciones de este género caen sobre quienes las lanzan.

Así, los crímenes terroristas

de l'Etoile, atribuidos al principio a la criminal propaganda del marxismo, han sido luego añadidos al expediente del antimarxismo.

Lo mismo en el caso del asesinato de los hermanos Rosselli, que en el del asesinato de Navachine, que en todos los casos, ya perpetrados o en preparación, de la despreciable tentativa de guerra civil y de traición del «Csar».

Después de esto, nuestros antimarxistas deberían haberse callado. Pero no lo han hecho. De una vez para siempre han adoptado la burda fraseología del fascismo internacional y no dan su brazo a torcer.

Defensores o cómplices de los asesinos y terroristas franceses, están con todos los que en los demás países combaten las libertades públicas y la democracia.

En España, desde los primeros momentos de una guerra civil desencadenada por unos facciosos contra el Gobierno legal, se han colocado junto a los rebeldes.

A esto llaman «defensa del orden».

Como también llaman «patriotismo» a su solidaridad con un movimiento subvencionado y mantenido militarmente por unos Estados que, en caso de guerra, atacarían a la Francia republicana en todas sus fronteras.

El antimarxismo, en política interior, es la guerra civil; en política exterior, es la traición.

Así como los crímenes que nuestros partidarios del orden y nuestros patriotas profesionales atribuían falsamente al marxismo.

(Le Populaire, 8-III-1938.)

El régimen inhumano que impera en las prisiones de la zona rebelde

Inauditos conceptos jurídicos.—Por mucho que se haya dicho de la crueldad del régimen penitenciario en la zona rebelde, la realidad es más espantosa.

Con afirmación tan rotunda, comienza su relato nuestro informador, funcionario perteneciente a un Cuerpo armado, persona bien enterada porque le sorprendió la sublevación en Pamplona y ha tenido relación directa con los servicios de las prisiones.

—No digamos de la administración de justicia—dice nuestro interlocutor—porque esto, en los facciosos, es una función inexistente, ya que no se ajusta a ningún fundamento legal.

Y como prueba, expone este funcionario su propio caso. Cuando, después de varios meses, en los que forzosamente hubo de prestar servicio a las órdenes de las autoridades facciosas, descubrieron éstas las ideas democráticas del declarante, lo encarcelaron y lo sometieron a un proceso. Y para justificar el procedimiento sumarial, no se les ocurrió otro disparate que acusarle del delito de tenencia ilícita de armas de fuego. ¡A él, que, como dice, pertenecía y pertenece a un Cuerpo armado del Estado! Es como si a un coronel con mando se le acusase de vestir el uniforme correspondiente a su cargo. A partir de ese absurdo inicial, acumularon monstruosidades jurídicas, como fué la de aplicar a un supuesto

delito de tenencia de armas, la sanción de veinte años de cárcel.

—Pero, en fin—se interrumpe—prefiero hablar del régimen interior de la prisión provincial de Pamplona, en la que, con frecuencia, he de prestar servicio y donde luego estuve encarcelado.

En el antro penitenciario.—En su conversación va ofreciendo detalles interesantes. La prisión provincial de Pamplona, edificio de reducidas dimensiones, es capaz tan sólo para albergar a unos doscientos cincuenta reclusos. Sin embargo, los facciosos retienen en ella, como mínimo, mil seiscientos. Esto da lugar a que la población penal sea un agramado hacinamiento de personas que llenan galerías y celdas y duermen sentadas

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

El «valor» de la moneda franquista

Uno de los mayores afanes que han tenido los facciosos ha sido el jaleal la «elevada» cotización que obtenía en el extranjero la peseta franquista.

Ni que decir tiene que todo ello no pasaba, en realidad, de un «bluff» o de una estafa financiera, que salía adelante gracias a las maniobras de Bolsas negras y elementos interesados en que Franco saliese adelante, en provecho de Italia y de Alemania.

En lo que se refiere a la «gran demanda» de divisas franquistas, conocemos un caso, de cuya autenticidad podemos responder. En una ciudad del Sudoeste francés, una dama vasca tomó pasaje para América del Sur, en donde residen sus familiares. En el mismo trasatlántico embarcaba una señora franquista que se dirigía a La Habana.

Pues bien; la primera pagó su pasaje con pesetas auténticas, con las del Banco de España. La otra, con «pesetas» de Franco. Y el resultado fué el siguiente: A la dama vasca le costó el viaje la mitad de lo que hubo de pagar la otra, a pesar de que la distancia que tenía que recorrer la primera era el doble que la otra.

Este es el crédito que se concede en la vecina República a la moneda fulastre del «generalísimo».

en el suelo, con las piernas cruzadas y apoyándose unas en otras.

Tan sólo durante una hora cada día se permite a los presos que bajen al pequeño patio. Pero hasta ese breve tiempo está sujeto a las normas inhumanas que rigen la angustiosa vida de la prisión. Los reclusos son conducidos por brigadas hasta aquel lugar, en donde se los obliga a caminar, junto a los altos paredones, en filas de a uno, sin que se les permita hablar entre ellos. La menor acción, aunque sea impensada, de salir de aquella hilera o de pronunciar una palabra o esbozar un gesto de interrogación a un compañero, dan lugar a que los vergajos blandidos por los carceleros caigan brutalmente sobre el rostro, la espalda o el pecho del infeliz que incurrió en aquel descuido.

Transcurrida aquella hora, la dramática fila de hombres abatidos y silenciosos, desaparece hacia la lóbrega asfixiante del interior.

El suplicio del hambre.—¿Y la comida que se da a los presos?—preguntamos.

El funcionario sonríe como al escuchar un nombre aplicado a una cosa nauseabunda. ¿Comida? ¿Cómo puede denominarse así a un rancho fétido que hasta los perros hambrientos despreciarían?

—Y sin embargo—comenta nuestro informador—, aun siendo pésima aquella bazofia, todavía resulta comestible comparada con lo que se da a los reclusos en la otra prisión de Pamplona, instalada en el Castillo de San Cristóbal.

El declarante recuerda que, algunas veces, entre plastas de arroz florecido y desperdicios de hortalizas secas y con manchas de putrefacción, aparecen trozos de huesos descarnados que los presos acaban de dejar

mondos obligados por el apetito insatisfecho. Esos huesos que los reclusos de la prisión provincial abandonan cuando ya no queda en ellos nada que trascienda a materia blanda, son recogidos y lanzados a las calderas que habrán más tarde de ser llevadas al Castillo de San Cristóbal. Aquí produce una sensación de pesadumbre infinita presenciar cómo a estos otros reclusos esqueléticos, con la palidez de la desnutrición, se les animan los ojos al descubrir aquellos huesos pelados y se lanzan a roerlos con furia estéril.

Lo normal en el sistema fascista.—¿Pertenecen al Cuerpo de Prisiones aquellos carceleros?—preguntamos.

—Apenas en una proporción de un cinco por ciento. Los demás son todos falangistas y requetés; gente joven, con instintos de fiera, que sienten un repugnante placer maltratando a hombres indefensos, encerrados por el delito de amar las ideas democráticas.

El final de los malos tratos suele ser el fusilamiento.

El funcionario termina su relato diciendo que el procedimiento que se sigue para descongestionar semanalmente las cárceles de Pamplona y dejar hueco para los nuevos detenidos que afluyen con incesante continuidad, consiste en sacar por las noches grupos de reclusos que ya no vuelven más a la prisión. Los carceleros, en sadismo feroz, se complacen en dar noticias de aquellos que salieron, como anuncio de lo que les aguarda a los que aun viven. Los que la víspera subieron a los camiones que, rodeados de gente armada los esperaban a la puerta de la prisión, fueron fusilados aquella misma noche.

Las andanzas de un "camelot du roi" por la España invadida

Franco, enemigo de los niños, odia hasta a su propia hija.—**"En todos los hoteles de San Sebastián hay grandes retratos de Hitler y Mussolini".**—**"En las ciudades conquistadas por Franco no se ven curas porque todos están vestidos de soldado".**—**"Queipo se sublevará contra Franco si éste no anda derecho"**

René Benjamín es colaborador de *L'Action Française*. No hace falta decir más de él. Ningún calificativo puede deshonrarle más. En Bruselas ha dado este ente ridículo una conferencia sobre su visita a la España italo-alemana. El escaso público que asistió a la misma era rexia. Unicamente un auditorio de esta calidad podía aguantar los disparates que dijo. Pero entre los disparates, su simpleza relató, tal como los había visto, algunos hechos, que por sí solos se vuelven contra quienes pretende defender.

He aquí una frase: «En todos los hoteles de San Sebastián hay grandes retratos de Hitler y Mussolini».

Otra frase: «En las poblaciones conquistadas por Franco no se ven curas, porque todos están vestidos de soldados.»

A esto llaman los fascistas cumplir con la religión y adorar a Dios.

Un descubrimiento: «Durango fué destruido por los obuses y las bombas de Franco; pero Guernica fué completamente arrasada e incendiada por los «rojos», hasta el extremo de que nada queda en pie, aniquilada por la dinamita de Moscú.»

Esto lo dice el «camelot du roi» en serio. Con esta mentira tan descarada ha perdido todo su crédito. La destrucción de Guernica por los aviadores fascistas fué un crimen tremendo e inolvidable.

QUEIPO DE LLANO, «SOLO», CONQUISTO A SEVILLA

El trozo de conferencia que dedica a Queipo de Llano sólo puede compararse con una charla del mismo Queipo. Parece que también estaba Benjamín bebido cuando dijo esto: «¡Sevilla, salvada por Queipo de Llano solo! Un grupo de Acción Nacional, apoyado por numerosos generales y oficiales, había preparado la revolución desde 1932 y decidió, al fin, levantarse. Entonces, ¿qué hizo Queipo? A medio día recibe la orden de Franco de sublevarse contra la República. Se levanta de la silla y sale de su casa para visitar al general Villabril, comandante de la plaza, con objeto de detenerlo. Lo hace y, seguidamente, se dirige al cuartel del regimiento de Granada, donde con un solo oficial, el comandante Cuesta, se pronuncia por Franco. A todos los oficiales, menos a Cuesta, los encierra. Después detiene al alcalde de Sevilla; pero Sevilla tiene cien mil comunistas que se sublevaron y quemaron siete palacios.»

Queipo telefona a Franco para que le envíe moros, y se va a dormir tranquilamente.

Al día siguiente, recibe 34 moros de caballería y les ordena que recorran todas las calles de la población. Cunde el pánico entre los «rojos», porque creen que todo Marruecos está en Sevilla. Y así es como Queipo ganó a Sevilla.

No se puede decir nada más disparatado: la guarnición de Sevilla, en la cárcel; los comunistas, quemando palacios; Queipo, durmiendo pierna suelta;

34 moros enviados en paquete postal. El panegírico termina así:

«Queipo de Llano es un excelente general que adora su oficio de soldado. En tiempos de la Monarquía se sublevó porque el rey no cumplía con su deber; pero después se sublevó contra la República porque ésta quiere destruir la civilización, y si Franco no anda derecho, se sublevará contra Franco. Este es Queipo. (Aplausos.)»

No podía encontrar el dominador de Sevilla mejor historiador. Sólo falta añadir a este pintoresco relato la descripción de la toma de Gibraltar.

LA HIJA DE FRANCO NO PUEDE TENER AMIGAS: FRANCO, ENEMIGO DE LOS NIÑOS, ODI A SU PROPIA HIJA

El «camelot» Benjamín habla de Franco de esta manera:

«Franco tiene veinte minutos de reposo al día. Por lo general, los descansa durante el relevo de los requetés y falangistas. En los pasillos está la verdadera guardia. Más seria: los moros. Se puede decir que es la guardia que guarda a la guardia. Es la verdadera guardia del general Franco.»

Esto equivale a declarar que los moros vigilan a los guardias españoles. El monárquico francés sigue diciendo: «Se le llama el rey Franco y como él quiere la paz católica y tiene fe, es el único que puede cumplir la misión que Dios le ha encomendado.»

Nuevamente se hace a Dios objeto de una calumnia sin respeto para su nombre. Pero resulta que Franco es un rey católico que idolatra a los mahometanos.

Luego, dice Benjamín, sin darse cuenta de lo que delata: «¡Qué nobleza en su casa! Su esposa, nacida de una de las familias más nobles de España. Y la pequeña Carmencita, su hija, no tiene ni siquiera una amiga, a consecuencia de la vida que llevan sus padres. Pero su padre le dice: «Si no tienes amigas, posees, en cambio, un gran jardín.»

La hija de Franco no tiene amigas. Es preciso pensar seriamente en este hecho, al parecer insignificante, para deducir muchas cosas que están ocurriendo en la España vendida por Franco. ¿De dónde procede la maldad refinada de este padre, que priva a su hija de que tenga amigas? Algo tortuoso, en efecto, hay en ese ex general español de expresión ambigua. El padre que aísla a su hija, que la martiriza, es el mismo que mandó lanzar las bombas sobre un colegio de Barcelona.

«EN BILBAO Y EN SEVILLA HE VISTO MUCHOS ITALIANOS Y ALEMANES.» «LOS ITALIANOS HAN PERDIDO MUCHO PRESTIGIO.»

El colaborador de *L'Action Française* ofrece también este testimonio: «En Bilbao y en Sevilla he visto muchos italianos y alemanes. Más que a hacer la guerra, parece que vienen a una fiesta.»

Es decir, que se hallan como en país conquistado, en el que todo es de ellos.

Luego quiere el conferenciante quitar importancia a la invasión con estos argumentos estúpidos:

«Desde la derrota de los italianos en Guadalajara, éstos han perdido mucho prestigio, y a los alemanes sólo se les quiere porque el «Führer» envía buenos y bonitos trimotores. Ved, por lo tanto, que no habrá concesiones territoriales para Italia, ni Alemania.»

¡Qué cándidos son Hitler y

Italia: los hechos

¿Tropieza el régimen de Mussolini con dificultades graves? ¿O está firmemente sostenido? Veamos los hechos.

El programa de armamentos de Italia es hoy tan grande que su presupuesto absorbe la mitad de los ingresos nacionales. (En la Gran Bretaña, sólo absorbe la quinta parte.)

El déficit del presupuesto anual de Italia es actualmente igual al doble de lo que la nación ahorra en un año. Así los armamentos sólo pueden pagarse recurriendo a la inflación. No es, por tanto, extraño que el costo de la vida se haya elevado en un 28 por 100 desde el comienzo de la guerra de Abisinia.

(«Daily Herald», 9-III-1938.)

Mussolini y qué pillos Franco y sus secuaces! Italia y Alemania tienen a sus ejércitos en España para su recreo. Envían a los fascistas «buenos y bonitos» trimotores. Y como consecuencia de esto, no habrá concesiones de territorio español, sencillamente, porque no se puede conceder lo que ya se ha entregado. El patriota René Benjamín también

dejaría, si llegase la ocasión, que el ejército alemán entrase en Francia, que estuviese allí de fiesta y que enviase a los fascistas franceses buenos, bonitos y baratos trimotores.

René Benjamín es un cronista que está a la altura de ese mundo trágicamente cómico del fascismo español que nos acaba de descubrir.

¡NO INTERVENCIÓN!

"Bien está que hayan salvado náufragos los ingleses. No está tan bien, en cambio, que los hayan restituido inmediatamente a los buques facciosos que aguardaban, ¡cobardes!, a unas millas".

No nos parece mal, francamente, que dos destructores ingleses, arrojando el peligro de un bombardeo, arrancaran a la muerte unos centenares de vencidos. Cuando la cobardía de sus aliados les dejaba abandonados a su triste suerte, el gesto de los ingleses es digno de la tradición gloriosa de los señores del mar. No somos fascistas y, como no lo somos, nos interesa la vida de todos los hombres. Cuando la República entró en Teruel, sus gladiadores, excitados todavía los instintos por la pelea, detuvieron las armas ante el enemigo rendido. Bien está que hayan salvado náufragos los ingleses. No está tan bien, en cambio, que los hayan restituido inmediatamente a los buques facciosos que aguardaban, ¡cobardes!, a unas millas. Probablemente, si hubieran consultado a los maridos salvados, no lo hubieran hecho. Estamos seguros de que el voto, casi unánime, hubiera sido adverso: el voto de los contados marinos españoles y el voto de los marinos extranjeros; porque unos y otros han sido lanzados por fuerza a la pelea.

Independientemente de la voluntad de los rescatados a la muerte, existe una cosa que se llama deberes de neutral, deberes de «no intervencionistas». Cuando los evacuados del Norte arribaron a las costas francesas y desde ellas, en cumplimiento de leyes civiles que prohíben la instalación de extranjeros, fueron dirigidos a España, la Prensa reaccionaria clamó. Clamaron, furibundos, los facciosos, acusando a Francia de violar la «no intervención». Según ellos, había que internar a los que llegaban. Y los que llegaban eran y no eran combatientes. Había entre ellos mujeres, niños, ancianos, hombres no movilizados. En el «Balears» no había la duda: no había más que combatientes.

Se comprenderá fácilmente que no es la cuantía lo que importa:

es el hecho. Cuatro centenares de marinos, por muy técnicos que fueran algunos de ellos, significan poca cosa en los contingentes heterogéneos que tenemos como enemigos; pero representan mucho como prueba: eran, en su mayor parte, italianos y alemanes; habían sido recogidos de un barco pirata español, y habían sido recogidos por buques de guerra británicos. Prueba preciosa, documento indubitable, que el Gobierno de Inglaterra debió traducir ante ese Comité de No Intervención, en el que tantas veces el conde Grandi acusó de falsario a Maisky porque Maisky denunciaba la intervención italiana.

Recordamos un episodio similar. La aviación republicana había hundido el «España» a la vista de Santander. Bous facciosos, ayudados por otras embarcaciones «desconocidas», cuidaron del salvamento de la tripulación: de una parte de la tripulación. Se sospechó que recogían, casi exclusivamente, especialistas alemanes. Españoles no eran los salvados. A los españoles se les dejó ahogar miserablemente. Por entonces, se guardaban las formas todavía. Por entonces, aun se fingía a la «no intervención» respeto. No buscaban los ingleses conversaciones con los italianos, ni se veía en Ribbentrop un futuro comensal de Chamberlain.

La impunidad presta alas al atrevimiento. Restituida la documentación humana, el «Duce», que había de callar, avergonzado, se siente de nuevo altanero y arrogante. Se altera Inglaterra, y bastará, probablemente, la presencia de buques ingleses en Gibraltar, para que el energúmeno se calle. Pero mejor hubiera sido que la devolución incomprensible no hubiera prestado alientos a la soberbia de un sujeto siempre dispuesto a tirar por la calle de en medio... cuando en la calle de en medio ve que no hay peligros

para la integridad de sus espinitas.

Para los facciosos ha sido duro el golpe, pero no lo ha sido menos para sus protectores. No se cumple tan rápidamente el plan de construcciones navales para que Italia, empeñada hoy en ruinosas competencias, no sienta en lo vivo, más que la pérdida de una unidad, la desaparición de una supremacía naval facciosa que se había ido tejiendo en las propagandas, con su ayuda, para justificar un bloqueo que sólo su ayuda hubiera podido consumar. Cualquier cosa que hoy intentara, sería vista por la opinión. Incluso por esa opinión reaccionaria francesa, que se obstinaba en desconocer el peligro de un corte de las comunicaciones metropolitanas con su imperio colonial, depósito inapreciable de sus mejores tropas de choque.

Lo sucedido es decisivo. España tenía cuatro cruceros del mismo tipo: «Almirante Cervera», «Méndez Núñez», «Liberdad» y «Cervantes». El primero está en manos facciosas; los otros tres, al servicio de los leales. Son cuatro cruceros modernos, hoy bien artillados, que pueden afrontar aisladamente los combates. Y tenía otros dos —«Canarias» y «Balears»— algo mayores, pero de un tipo especial, que se complementaban, que eran temibles unidos, pero que, solitarios, no pueden presentar batalla. La pérdida del «Balears» lleva aparejada la casi completa anulación del «Canarias», que habrá de limitarse, desde ahora, a operaciones de policía en las proximidades de su base, fiando a las calderas su salvación cuando la flota republicana aparezca en el horizonte.

Con el hundimiento del «Balears» los facciosos han perdido el 50 por 100 de su escuadra, de esa escuadra pirata con la que esperaban nada menos que rendir por hambre a los españoles. («El Diluvio», 10-III 1938.)

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

Comenzamos hoy a publicar las páginas más expresivas y significativas de este interesante y verídico reportaje:

Primera parte

Hacia el cuartel general de los rebeldes

El 18 de julio de 1936, al estallar la sublevación de Franco, yo me encontraba en una playa de la costa belga, escribiendo una novela pacifista.

En un principio parecía que la revuelta había fracasado y que el Gobierno era dueño de la situación en toda España. Después, las noticias se hicieron más alarmantes. Al concluir la semana, se vió claro que se trataba de una guerra civil, quizás larga y con posibles complicaciones europeas. Devorábamos ávidamente un enorme montón de periódicos; la novela pacifista se empantanó en un cajón donde yace olvidada. *Requiescat in pace.*

En estas circunstancias, como periodista de ideas liberales y autor de unas novelas pacifistas fragmentarias—la primera tuvo un final prematuro al estallar la guerra de Abisinia, y en cuanto a la tercera... me guardaré muy bien de empezarla...—, era natural que me tentase el proyecto de introducirme en territorio rebelde. Me puse al habla con el *News Chronicle*, para probar mi suerte en Sevilla. Me imaginaba tener mayores probabilidades de éxito que muchos de mis colegas, ya que, como crítico teatral y cinematográfico en el órgano oficial de un gobierno centroeuropeo, me sería fácil valarme de ciertas relaciones.

Entonces, durante el primer mes de la guerra civil, Sevilla era aún el cuartel general de los rebeldes, y el punto de concentración para los hombres y las armas llegados de Alemania e Italia. Sentía cierta inquietud; pero creía que una orden de expulsión era lo peor que podría ocurrirme. El hombre propone...

El 20 de agosto fui a Cook y compré un billete para Lisboa; dos días más tarde, me embarqué en Southampton.

Desde que salimos de Cherbourg, una atmósfera opresiva pesó sobre el barco. Este se llamaba *La Almazora*; había zarpado de Southampton el 22 de agosto, debiendo llegar a Lisboa el 25. Iba lleno de españoles que se dirigían al territorio rebelde: esto significaba que eran partidarios de Franco o bien que, aunque no lo fueran, se portaban como tales, pues no sentían el menor deseo de ser arrestados o denunciados al llegar. Todos desconfiaban de todos; leíamos en silencio los partes de guerra, en el tablero de las noticias, y observábamos a nuestros compañeros de viaje.

La tensión general se hacía evidente hasta en el salón de primera, penetrando incluso en esa coraza de glacial aburrimiento tras la que todo inglés en travesía sabe encasquillarse. Los ingleses que viajaban en primera, eran casi todos partidarios de los rebeldes; habiendo leído a conciencia su *Daily Mail*, creían firmemente que se trataba de una cruzada para salvar la civilización; veían en Queipo de Llano una especie de Ricardo Corazón de León al micrófono, y en Azaña, un anarquista. Cualquier intento para arrancar de su espíritu esta última confusión, únicamente suscitaba sospechas. El estar al tanto de los hechos, era suficiente para ser tachado de rojo.

En tercera, las opiniones estaban divididas. Había un muchacho español, de dieciséis años, que jugueteaba con una chica portuguesa de unos quince, cantaba deliciosamente acompañándose a la guitarra y era aficionado a decir impertinencias. Cinco días más tarde lo vi en Sevilla saliendo de un camión con otros prisioneros y conducido entre una doble fila de espectadores embobados, al cuartel general de Falange Española. Tenía el rostro lleno de cardenales y el llanto resbalaba por sus mugrientas mejillas. No me reconoció y yo procuré que no me viera; al día siguiente lo fusilaron, según costumbre establecida.

El 24 de agosto llegamos al primer puerto rebelde de La Coruña. Un *destro* portugués y un acorazado francés descansaban en el puerto silenciosos. Un balandro, al viento la

bandera monárquica, franja amarilla sobre fondo rojo con la corona de los Borbones, condujo a bordo a los oficiales del puerto; un comisario de policía y un representante de Falange. El falangista, que por lo visto actuaba de policía auxiliar, era un muchachote grueso con gafas y tipo de universitario fracasado; se plantó en mitad del puente para que se le admirara, y levantando a menudo el brazo a estilo fascista, anunció que Madrid había caído el día anterior, que todos los masones, judíos y comunistas estarían exterminados y que entonces, sólo entonces, empezaría la vida nueva en España; luego aceptó cortesmente los cigarrillos ingleses que se le ofrecieron.

Vigo, el segundo puerto rebelde que tocamos, presentaba idéntico aspecto. Un *destro* inglés, alternaba con dos torpederos portugueses y a poca distancia se mecía, pacífico y reposado, un hidroavión alemán. Sin embargo, el puerto aparecía completamente inanimado y envuelto en el lúgubre resplandor de un sol que ardía como bajo los efectos de un silencioso y maléfico hechizo. En tiempos de paz, Vigo era el primer puerto español para trasatlánticos. Hoy la ciudad, que dista sólo veinte kilómetros de la frontera portuguesa, es el centro de contrabando de armas italianas y alemanas. En la población nada hacía sospechar esto, pero el puerto se hallaba acordonado por una doble fila de centinelas que no hubieran vacilado en disparar de improviso.

Para un forastero, callejear por la ciudad equivale a correr baquetas. Cada diez pasos, una patrulla le obliga a detenerse, alzar los brazos para ser cacheado, haciendo protesta de inocencia y de profunda simpatía hacia la causa rebelde, tras lo cual recibe un golpecillo amistoso en el hombro y con un «Arriba España» el permiso de proseguir su paseo para caer en manos de la patrulla más próxima a volver a empezar. Observa en una hora de callejeo, que la ciudad está atestada de tropas—legionarios, carlistas, falangistas, ningún moro—, que todos los taxis y autos particulares llevan un letrero que dice: *Requisado*; que todos los jóvenes ostentan un brazal amarillo con una M (movilizado), que la población civil se esconde tímidamente contra los muros y que apenas se ve por las calles una sola mujer. Encuentra a dos sospechosos, uno con la nariz sangrando, que son conducidos al Palacio de Justicia y advierte que los transeúntes miran hacia otro lado para no enterarse de nada. Lee los avisos puestos en los cafés: «Se ruega no hablar de política» y oye a la gente cuchicheando, pues hay espías por todas partes; la ve temblar cuando se acerca un falangista, ya que nunca se sabe lo que puede ocurrir; también ve como compra los periódicos que publican la caída de Madrid, la destrucción de los cruceros gubernamentales y el incendio de Barcelona y cómo los tiran sin leerlos, pues saben que nada de esto es verdad. También ve un entierro: el coche fúnebre lleva el letrero: *Requisado*, y abajo el *Arriba España*—los rótulos van bien pegados, tanto que no hay posibilidad de arrancarlos—; tras el féretro marchan unos graves señores de chistera luciendo bajo la flor enlutada del ojal, una chillona escarapela con los colores realistas. Contempla las casas empavesadas, con sus balcones herméticamente cerrados tras las colgaduras, y no puede evitar la sensación de haber vivido antes esta pesadilla, lo que los psicólogos denominan *déjà vu*. Conoce demasiado todo esto, el cuadro de una ciudad provinciana bajo la dictadura; los ciudadanos medrosos, los militares sin freno, el temor a los espías, los rumores cuchicheados y esa afonía general que ataca como una epidemia a toda la población; una hora más tarde, cuando regresa a

bordo y los ingleses que viajan en primera le piden sus impresiones, contesta con la frase empleada por los amigos de Lord Lothian al traducir su entusiasta impresión de Berlín:

«La ciudad está tranquila, los tranvías circulan, y no hay cadáveres en las aceras.»

Los ingleses, asintieron satisfechos; ya sabían, es claro, que donde Franco gobierna, la seguridad y el orden prevalecen.

La conspiración en Lisboa

No era necesario el sexto sentido para comprender lo que se tramaba en Portugal. Jugaban con las cartas sobre la mesa. Lo que las cancillerías europeas se negaban obstinadamente y con éxito a admitir, saltaba a la vista y a plena luz en las calles de Lisboa, metiéndose a uno por los ojos a cada paso.

Todo empezó a bordo antes del desembarco, mientras examinaban nuestros pasaportes. Como periodista, fui sometido a un interrogatorio especial y durante éste, observé que uno de los tres policías portugueses hablaba en español. De momento no le di importancia a este dato y sólo descubrí su significado al día siguiente, en Lisboa, cuando supe que aquel hombre con uniforme de la policía política portuguesa—Policía Internacional, como la llamaban—era, en efecto, un español enviado por la Junta de Burgos. De sus decisiones dependía la permanencia de todo viajero en Lisboa. Unos días antes que yo, había llegado Alvear, el ex presidente de la República Argentina y jefe de los radicales moderados de su país. «Tendremos que preguntarle primero al delegado de la Junta de Burgos, si puede usted desembarcar»—le dijeron los policías a bordo—. Supe más tarde que el representante de la Junta de Burgos en Lisboa, señor Gil, era uno de los jefes de la Policía Internacional portuguesa.

Como me figuré que tendría algunas dificultades para entrar en territorio rebelde, acudí a un Cónsul Centroeuropeo amigo mío, para que me aconsejase.

—Por lo pronto, necesitará usted un visado—dijo el Cónsul.

—¿Un visado? ¿De quién?

—De Gil Robles, naturalmente—fué la réplica.

—¿Dónde encontraré a Gil Robles?

—En la Embajada.

Estaba claro que había dos Embajadas españolas en Lisboa.

En la primera se hallaba el representante legal del Gobierno de Madrid, Sánchez Albornoz, un hombre enfermo, completamente solo, abandonado por su personal y vigilado por la policía secreta; en una palabra, prisionero del Gobierno portugués.

La segunda, la Embajada Negra, con el nombre de *Agencia de la Junta de Burgos*, tenía sus oficinas en el Hotel Aviz, y estaba regida por dos hombres que se detestaban. Uno era Gil Robles; el otro, oculto bajo el nombre de Hernández d'Avila, era Nicolás Franco, hermano menor del general.

El Cónsul que ya mencioné, me llamó la tarde de mi llegada a Estoril, el Touquet portugués, situado a una hora de Lisboa. El Cónsul era un simpático muchacho, casado con una aristócrata portuguesa y por lo tanto en buenas relaciones con los cabecillas rebeldes. En el Casino de Estoril encontramos a muchos de ellos; unos en el bar y otros jugando al *baccarat* o al *treinta y cuarenta*. Un extraño mundillo se agrupaba allí, a espaldas del frente de guerra ibérico; el Embajador de un Estado báltico (nadie se explica a santo de qué mantiene este Estado sus relaciones con Portugal) hacía eses, visiblemente ebrio, entre las parejas que bailaban en la terraza: dos agregados, japonés uno y húngaro el otro, cuchicheaban en el bar dándose mucha importancia, mientras las damas de la aristocracia

portuguesa, la mujer de mi amigo entre ellas, iban y venían recogiendo suscripciones para los hospitales de Franco, según explicaban entornando los ojos. El ambiente era idéntico al de Shanghai o Harbin. Casi todas las damas y los caballeros estaban ligeramente mareados y satisfechos de sentirse tan importantes. Les halagaba extraordinariamente poder confiar a un periodista extranjero que Fulano era un espía, un contrabandista de armas o un agente de fuera. Si se les tomaba en serio, podía creerse que medio Estoril se componía de super-espías jugando a ser *El hombre que fué Jueves*.

Después de todo, la visita al Casino resultó una introducción a la guerra civil bastante provechosa. Allí pude conocer a dos o tres personalidades de la aristocracia rebelde e incluso obtuve permiso para ir al Hotel Aviz, donde conocí a varios dirigentes, entre ellos el hermano de Franco, Gil Robles, marqués de Quintanar, marqués de la Vega de Anzó, entrambos de Falange Española, y a don Mariano de Amadeo y Galarra, que posaba como Embajador de España.

La atmósfera en el cuartel general de los rebeldes, era completamente distinta a la del Casino.

En el Hotel Aviz, prevalecía una extraña mezcla de conspiración y ceremonial cortesano. Se advertía que aquellos señores de negro, mientras discutían cuchicheando y en tono exquisitamente cortés, el envío de armas, los planes de la ofensiva, toda clase de transacciones sin olvidar la comisión correspondiente, sentían en torno de sus cuellos las golas almidonadas de la corte de Felipe II. La única excepción allí era Gil Robles, cuando el marqués de la Vega de Anzó me presentó a él como periodista inglés, nos volvió bruscamente la espalda ante la muda consternación de toda su camarilla. Con esto me hizo un gran favor, porque el marqués, anterior secretario suyo, le reprochó de tal modo su poco diplomático proceder con los representantes de la prensa, que acabó dándome, a más de mi pasaporte, una carta de recomendación de su puño y letra para el general Queipo de Llano en Sevilla, de lo que resultó, que como éste no se hallaba en buena armonía con Gil Robles, me hizo esperar cuatro horas antes de concederme una entrevista.

Durante mi estancia en el Hotel Aviz, tuve la oportunidad de acumular datos respecto a las actividades de los rebeldes en Portugal. Más tarde, vi testimonio de ello ante el Comité de Investigación de delitos contra la Ley Internacional relacionada con la Intervención en España.

Desde entonces, Europa ha admitido poco a poco el hecho de que el Gobierno portugués está virtualmente en guerra con Madrid, y ya no es necesario volver sobre ello.

Sólo estuve en Lisboa treinta y seis horas; la noche del 26 de agosto, armado con mi salvoconducto firmado por Gil Robles y el hermano de Franco, salí para Sevilla.

Fuimos en tren hasta Ayamonte, primera estación de la frontera española. Para cruzar ésta, tuvimos que atravesar el Guadiana embarcados, ya que no hay puentes por aquella parte. En este mismo lugar, tres días antes, unos fugitivos del territorio rebelde se tiraron al agua con intención de alcanzar a nado un país al que consideraban neutral. Unos falangistas tiraron sobre ellos y los portugueses de la otra orilla, encontrando este pasatiempo distraído, hicieron lo propio. Ni uno solo de los que huían llegó a tierra vivo, y de haberlo logrado, les hubieran hecho volver atrás.

De Ayamonte a Sevilla hay una línea de autobuses. La carretera atraviesa Huelva y la Palma del Condado, distrito que estuvo desde el comienzo en poder de los rebeldes; a pesar de esto, los pueblos del camino producían una impresión de desorden. En todas las paradas unos hombres de tertulia frente al

(Continuará)

Mussolini entre cuatro fuegos

Roma, marzo.—Estos días romanos, a los que da encanto una primavera precoz, han agitado los centros políticos con sucesión ininterrumpida de acontecimientos internacionales, que se han desarrollado ante los observadores asombrados: *ultimátum* de Berchtesgaden, capitulación de Schuschnigg, discurso de Hitler, *éxito* de Eden, crisis inglesa, preponderancia de la tesis Delbós-Chautemps-Reynaud sobre la de Flandin en Francia, reacción casi póstuma de Austria, apertura de las negociaciones anglo-italianas, proclamación solemne del viaje del «Führer» a Italia en el mes de mayo y muerte de Gabriele d'Annunzio.

El lector y observador italiano, que ha conservado, a pesar de todo, debajo de su sello fascista cierto escepticismo malicioso, dice, guiñando el ojo: «Tropa grazia». Pero los hechos están ahí, no se les puede separar ni olvidar; aunque estemos habituados a los ocios políticos de los regímenes totalitarios, tenemos que contrastarlos y sacar consecuencias de ellos.

No hablaré del poeta-soldado, cuya apoteosis hará el régimen fascista, porque su marcha súbita no ejerce influencia sobre la situación nacional o internacional de Italia. Sólo le fué permitido aclamar con mensajes apocalípticos a los hombres y a los hechos de la dictadura. Se le leía muy poco, sobre todo entre los jóvenes y su «Opera Omnia» fué un mal negocio. Puede ser que con motivo de su muerte, quienes le admiran y le lloran, comienzan también a conocerle. Mussolini no dejará de honrar, «a la romana», a este precursor del fascismo, tanto más porque ahora ya no es de temer.

El *ultimátum* de Hitler al canciller Schuschnigg, que éste se vió obligado a aceptar mientras que, por una parte, las divisiones bávaras avanzaban hacia la frontera y, por otra, el «Duce» se retiraba a Romaña, fué muy mal acogido por lo que queda de opinión pública en Italia. Esta comprende la existencia del eje Roma-Berlín como una necesidad para asegurar, eventualmente, a Italia los medios para dar cuenta de Francia y de Inglaterra, potencias capitalistas y envejecidas que se oponen al desarrollo de los pueblos jóvenes y proletarios; pero no quiere admitir que el mismo eje pueda servir para que Alemania se engrandezca desmesuradamente en el centro de Europa y en los Balcanes, de suerte que un Reich formidable se convierta en un peligro cierto en los Alpes y en el umbral del Adriático.

Por eso, no produjo entusiasmo aquí el discurso del «Führer»; antes al contrario, con su insistencia en el *leitmotiv* de la protección de los diez millones de alemanes de fuera de sus fronteras, en ellos comprendidos forzosamente los del Alto-Adigio, causó más molestia que satisfacción.

En estas condiciones, la eliminación de M. Eden, considerado como adversario encarnizado de las aspiraciones fascistas, fué saludada con la esperanza de que sea ahora posible una inteligencia con Inglaterra, que sirva de contrapeso a la alianza germánica. Piensan aquí los optimistas que con ello se obtendría la doble ventaja de no estar bajo la dependencia absoluta de Ber-

lín y de aislar a Francia, otro motivo, con Mr. Eden, de las dificultades que la expansión italiana encuentra en Africa y en el Mediterráneo.

Las noticias de la dimisión de M. Delbós y de la caída arbitrariamente prevista de todo el Gabinete, ante el empuje del ataque de Flandin, fueron ampliamente difundidas por la prensa del Estado; pero quedaron sin confirmación. El público, por lo demás, no muestra mucho interés por estos detalles. Se ha comprendido que Francia resiste y no cede, como el Gobierno inglés, a la ilusión de la posibilidad de un acuerdo sincero y perdurable con Italia, presa del demonio de la conquista y de la grandeza militar. Los italianos que no están obligados a las reservas diplomáticas, dicen francamente que para conquistar es preciso tomar territorios utilizables allí donde se hallen, y los territorios mediterráneos más próximos y codiciables son los del Africa francesa. De Inglaterra, se contentarían con obtener por el momento (y no es poco) un corredor que uniese la Libia del Sur con el Norte de Etiopía. Se comprende, pues, perfectamente que Francia se muestre reacia a entrar en combinaciones que, de una manera u otra, habrían de realizarse, en primer lugar, a expensas suyas. Pero parece que se tiene, por otra parte, la persuasión de que este resultado del problema será inevitable más tarde o más temprano. Naturalmente, la actitud autónoma y el empirismo audaz de la Gran Bretaña hacen que aumente esta creencia, aunque sea demasiado simplista.

Entretanto, el «Duce» se ha preocupado seriamente de las repercusiones que la brutalidad prusiana para con Viena provocó en Italia en general y en el Vaticano en particular. Se asegura aquí con cierta satisfacción que Mussolini desempeñó un papel muy importante en la subida de tono del discurso patriótico de von Schuschnigg en defensa, al menos teórica y temporal, de la independencia de Austria. Un triunfo más de la partida diplomática que Roma juega con Inglaterra es la posibilidad de maniobra en el Danubio.

Sin embargo, el «Duce» no cree en la oportunidad de una resistencia en el terreno austriaco, y no quiere perder las ventajas tácticas que le asegura, por otro lado, el temible eje Roma-Berlín. Por consiguiente, después de aconsejar al canciller amenazado una protesta vigorosa, pero desarmada, contra la intromisión del Reich, y de haber solicitado una negociación decisiva con Inglaterra, el «Duce» anuncia, con Dumeirah que guarda—con Perim—el estrecho de Bad-el-Mandeb; y envía periodista a Túnez para describir la situación precaria de Francia en relación con los árabes, y la penosa vida de la población italiana que, aunque más antigua y mayor que la francesa, está oprimida en este país glorioso de vestigios romanos. Es todo una sabia labor de preparación que hace pensar.

En suma, Mussolini continúa jugando a los dos paños y trata esplendor sin igual y comentarios entusiastas, la visita del «Führer» a Italia. Desmiente al mismo tiempo la retirada de tropas de Libia hacia las fronteras de Túnez y de Egipto. Toma

posesión, aunque los acuerdos franco-italianos de enero de 1935 no estén en vigor, de la isla de mezclar las cartas lo más posible para satisfacer la impaciencia dinámica de sus amigos del interior y confundir a sus adversarios de fuera. Sin embargo, esta serie de maniobras embrolladas se hace cada vez más difícil y el «Duce», a pesar de sus victorias de prestigio, se crea poco a poco una posición incómoda y peligrosa.

Está dominado por la Alemania que le ha permitido hacer una gran política y que pretende salvarle del retorno a la obediencia a París y Londres; esta Alemania se ha hecho tan poderosa con la ayuda de Roma, que Mussolini no piensa ya en disputarle el paso a lo largo del Danubio. Austria y Hungría piden al aliado fascista la salvaguardia de su integridad territorial, y política, de acuerdo con los protocolos de Roma; pero no reciben respuesta satisfactoria: buenas palabras, pero ni una sola división en el Brenner.

Inglaterra está pronta a tratar y tiene gran afán por llegar a una solución de los problemas del Mediterráneo y de la Europa Central: España, las Islas Baleares, Libia, Islas fortificadas, Egipto, Canal de Suez, Mar Rojo, Austria, Checoslovaquia, etcétera. Pero, ¿cómo hallar fórmulas que puedan calmar la desconfianza inglesa, acrecentada por la crisis interior, y contestar a la vez a las enormes exigencias del eje fascista? Es inconcebible que Inglaterra quiera prestarse a reforzar política, financiera y militarmente a Italia y Alemania a expensas suyas y de los franceses. Acabará por desconfiar y reclamar garantías que no serán compatibles con la perfecta lealtad de Roma para con Berlín. ¿Cómo hallar un *modus vivendi* entre intereses y deseos tan claramente en pugna? Mucho más cuanto que, a pesar de ciertas apariencias y de la viva aspiración germano-italiana en este sentido, la Gran Bretaña no se dejará llevar a favorecer el aislamiento y la debilitación de Francia, demasiado nocivos para su seguridad. La idea insidiosa de un nuevo «pacto de cuatro», en el cual tuviese que olvidar sus alianzas orientales, parece en Roma y en Berlín la solución perfecta de todas estas dificultades, y se espera poder persuadir a Londres a que la considere deseable. Pero casi nadie en Italia—sobre todo después de la última votación de la Cámara—se hace ya ilusiones sobre la resignación de Francia a ser juguete de un *complot* tan burdo. Se duda también de que Inglaterra esté dispuesta a abandonar, sin más ni más, su último apoyo seguro en el continente, su línea de defensa sobre el Rhin.

Mussolini, a pesar del aspecto prometedor de su posición diplomática, está muy intrigado por la complejidad contradictoria de las cuestiones concretas que hay que resolver, y se alegraría mucho de salir de ellas rápidamente con promesas fáciles, y con la apertura de un crédito sustancial y propiciatorio en Londres.

Pero, para su aflicción, no es probable que los ingleses, que siempre han sido banqueros astutos, lleguen a pagar la mercancía diplomática del «Duce» antes de que se haga un depósito real.

¿Será sustituido el «Baleares» en la marina de guerra de Franco por un crucero italiano?

La gravedad del torpedeamiento del «Baleares» para la insurrección franquista, está subrayada por una noticia que llegó ayer por la mañana a Londres y a París y que, a pesar del secreto de que se intenta rodearla, ha producido viva emoción en los círculos diplomáticos. Apenas conocida en Italia la suerte del «Baleares», Mussolini hizo saber al general Franco que estaba dispuesto a estudiar la cesión a la flota nacionalista de uno de los cruceros italianos recientemente botados. No creemos ir más allá de lo que se permite decir, añadiendo que si esta proposición se hiciese de una manera oficial, y, sobre todo, si se materializase, plantearía un terrible problema a los ministros franceses e ingleses.

Hay motivos para pensar que los dos Gobiernos, británico y francés, estarán pronto de acuerdo, si no lo están ya, sobre este punto capital y adoptarán una actitud firme. No olvidemos que Chamberlain ha declarado en la Cámara de los Comunes que no actuaría sino de acuerdo con nosotros; y nos extrañaría mucho que París, antes del incidente del «Baleares», no hubiese expresado a Londres el deseo de que, antes de cualquier otra ne-

gociación, se volviese el irritante problema de la intervención italiana en la España nacionalista y formulado el deseo de que fuesen devueltos lo antes posible a tierras italianas el material y los voluntarios fascistas.

Confiamos en que Chamberlain tendrá en cuenta este deseo y se esforzará por satisfacerlo. Sólo la eventualidad de la cesión de un crucero italiano a Franco basta para dar enorme fuerza a los argumentos que pudimos ayer, o podremos mañana, hacer valer cerca del Gobierno británico.

A sus confidentes no les habrá disimulado, desde luego, el señor Chamberlain su pensamiento a este respecto, y algunos informadores generalmente bien enterados afirman que hasta ha telegrafado ya instrucciones concretas al representante británico en Roma.

Como decía anoche una alta personalidad diplomática inglesa:

—Mussolini tiene que elegir entre dejar definitivamente al «Baleares» en el fondo del mar, o sustituir el crucero y torpedear en su lugar la tentativa de acercamiento anglo-italiana.

L. R.
(L'Ordre, 9-III-1938.)

El escritor antifascista Jef Last, habla de España

Copenhague.—Acaba de llegar a esta capital, procedente de España, una de las figuras más interesantes de la Europa democrática: el escritor holandés Jef Last.

André Gide, en uno de sus libros, en el que relata un viaje que hizo a Rusia con Jef Last y Eugene Dabit—joven escritor francés que murió en Odessa—expresa la honda admiración que siente por este escritor liberal.

Jef Last ha estado en España luchando como voluntario en el frente de Madrid.

Ahora, como todos los hombres que desde la línea de fuego pasan a ambientes de paz—dice un periodista que le ha «entrevistado»—, se encuentra sin saber qué hacer.

Al recordarle el periodista el viaje a Rusia en compañía de André Gide y Eugene Dabit, el luchador antifascista explicó:

—Nunca logré ponerme de acuerdo con el joven escritor francés. Opinaba que se debía conservar la vida a toda costa y yo pensaba que la vida no vale nada; que lo que tiene verdadero valor es «la idea de la vida». La idea de la vida es el amor hacia los seres; el amor hacia su libertad y la voluntad de ayudarles a conservar esa libertad.

En las trincheras, delante de Madrid, leí *Le Rire*, de Bergson, que di-

ce: «¡Cómico es, por ejemplo, un hombre que no actúa como ser viviente, sino como muñeco mecánico!» El caso es que, la sociedad europea está volviéndose mecánica en sus sentimientos, en su indiferencia, mejor dicho, en sus costumbres y en sus procedimientos ante las necesidades de los hombres vivos. Pero lo que individualmente visto parece cómico, se vuelve trágico al degenerar en sufrimiento de la sociedad.»

También leí *Don Quijote* y sobre él quiero hablar mañana en la asociación «Clarté». Quiero mostrar al trágico Don Quijote, al que vive tan sólo para sus abstracciones, olvidando las realidades. Su contraste es Sancho—de quien se ha dicho que es el verdadero héroe de Cervantes—el idealista verdadero. Sancho ama a Don Quijote, ama la vida. Cuando su amo quiere suicidarse por desesperación, dice Sancho que es un crimen quitarse la vida. Al hacerse Sancho gobernador, impresiona hasta al duque, porque está con ambas piernas en el suelo, gobernando sin pensar en su propio bienestar, sino únicamente en ayudar a otros, haciendo justicia.

Por medio de Sancho, llevo al campesino español y al soldado en las trincheras en 1938. ¿Está luchando por su propio bienestar? ¿Es su lucha una lucha por intereses privados o por la libertad general y la justicia hacia todos?

Europa tiene que haber comprendido lo que significa la lucha española; que no es otra cosa que la idea de la vida.

El soldado español, el Sancho de 1938, con ambos pies en el suelo, lucha por nosotros, por un idealismo sano; es decir, por el idealismo que se basa en las realidades.

Terminó el escritor diciendo al periodista, que lo que necesitamos hoy es una verdadera democracia, una sociedad que de a la vida una idea real, una nueva sociedad.

MICHEL VALDEAU
(L'Ordre, 6-7-III-1938.)